

LA TRANSFIGURACIÓN DE CRISTO [284]

Meditación – 2024

En esta segunda semana, donde se sitúan las meditaciones de los misterios de la vida del Señor, contemplamos el misterio de la Transfiguración, es una de las meditaciones que propone San Ignacio, y que además es muy apropiada para este tiempo de cuaresma cuando estamos haciendo estos Ejercicios.

Vamos a seguir el método de San Ignacio que ya conocemos, es un método para poder hacer meditaciones que nos ayuden a entrar en el misterio de Cristo; a liberar nuestra alma para poder seguir a Cristo con libertad, para poder reformar nuestra vida y para poder hacer la elección de los medios que nos ayuden a alcanzar nuestro fin propio. Ese principio y fundamento que ya se ha meditado, que ya conocemos y que siempre tenemos presente cuando nos dedicamos a hacer estos Ejercicios del alma.

[46] Pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina Majestad.

Comenzamos con esta oración aparte de la invocación que uno pueda hacer al Espíritu Santo, o lo que le cause devoción y le ayude a disponerse para acoger las gracias divinas. Siempre tengamos esa intención: «**que las intenciones, acciones y operaciones**» es decir, lo externo y lo interno; esa distinción escolástica entre acción -algo externo-, y operación -algo interno-, sea ordenado para el servicio y la alabanza de la divina Majestad de Dios.

Bien. Comenzamos la meditación con los preámbulos, pero antes iremos, o siempre es útil tener el texto evangélico que se medita. San Ignacio en los Ejercicios presenta una descripción de cada uno de los episodios a meditar, incluso algunas citas concretas del Evangelio, pero también es de entender que en aquel momento quizá era más difícil para el ejercitante tener a lo mejor una Biblia a mano. Nosotros con facilidad podemos leer directamente la lectura y también tener un poco en cuenta el contexto en el que aparece.

La transfiguración, como sabemos, aparece en los Evangelios sinópticos: en Mateo, Marcos y Lucas, con algunos matices entre unos Evangelios y otros. Nosotros vamos a leer la versión de san Mateo, que completaremos luego también con algunas de las otras versiones en la meditación. Si ustedes quieren pueden leer el texto que les parezca o los tres si quieren, porque son textos breves, y siempre la palabra de Dios es viva y eficaz y nos ayuda a entrar en la oración.

La historia

Seis días más tarde Jesús tomó consigo a Pedro a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. De repente, se les

aparecieron Moisés y Elías conversando con Jesús. Pedro entonces tomó la palabra, y dijo a Jesús: «Señor ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: «*Este es mi hijo el amado, en quien me complace, escuchadlo*». Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó, y tocándolos les dijo: «*Levantaos, no temáis*». Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó: «*No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos*». Palabra del Señor. **(Mt. 17 1-13)**

Acogemos esta Palabra de Dios y nos disponemos a meditarla, a entrar por la gracia de Dios que nos concede esta oración pero aplicando nuestros sentidos, nuestra inteligencia, nuestras potencias a este episodio evangélico para abrírnos a esa gracia de la oración, a los frutos espirituales que Dios quiere conceder del rato de oración que hagamos. Y como sabemos San Ignacio presenta siempre para cada meditación dos preámbulos, dos preámbulos que nos ayudan a antes de meditar; no se consideran todavía puntos de meditación que siempre señala tres para cada meditación de los episodios de la vida de Cristo. Estos preámbulos son estas introducciones, “antes de caminar”, para prepararnos y abrírnos a la meditación.

1º preámbulo: Composición de lugar

Se trata, ya lo sabemos, de aplicar los sentidos internos al misterio que contemplamos, porque la vida de Cristo siempre es misterio. La vida de Cristo es misterio porque un misterio siempre tiene un aspecto visible -un aspecto externo-, y un aspecto invisible. El aspecto invisible siempre es el más importante, y meditar un misterio consiste en pasar de lo visible a lo invisible, en llegar de lo que sucede de forma histórica, de forma narrable incluso en los Evangelios a aquello que está por debajo, y que representa la vida de la divinidad, la vida de la Trinidad que se nos ofrece, se nos entrega, en la vida de Cristo el Hijo de Dios. Pasar de la dimensión humana de Cristo –hombre- a la dimensión divina Cristo –Dios-, Dios como el Padre y el Espíritu Santo. Y por eso cuando hacemos esta meditación lo que hacemos es contemplar, en primer lugar, esto que sucede, esto que narran los Evangelios.

Para hacerlo siempre tenemos que tener en cuenta el contexto. Vemos que la transfiguración tiene un orden, por eso al comenzar la lectura hemos dicho “*Seis días más tarde*”. Esos seis días más tarde se refiere a unos hechos que suceden antes, y que es importante que tengamos presente.

¿De dónde viene estos seis días?: de una cosa que sucede importantísima en Cesarea de Filipo: es la confesión de fe; cuando Pedro confiesa que Jesús es El Mesías, el hijo de Dios vivo. Y a continuación como saben, Jesús le declara la Piedra sobre la que edificará su Iglesia y le ofrece ese don de las llaves, y a continuación viene el primer anuncio que Jesús hace en el Evangelio de san Mateo -pero en todos los Evangelios es así- de la muerte y la resurrección. Inmediatamente, después de la confesión de fe de Pedro, anuncio de la muerte y resurrección.

Importante la respuesta de Pedro, Pedro que se opone a ese anuncio -esto tan importante, tan fuerte que aparece en el Evangelio “*¡apártate de mí Satanás!*” Jesús le dice a Pedro- y entonces después de estos sucesos dice: “*seis días más tarde*”. En otros Evangelios aparecerá ocho días más tarde, es indiferente, es un tiempo después. Pero hay una conexión que el Evangelio nos narra y es importante esta conexión.

Entonces en primer lugar, para hacer la composición de lugar, tenemos que imaginarnos -utilizar las potencias interiores, entre ellas la imaginación para ver dónde estamos- en un monte, “*subió con ellos a un monte alto*” dice san Mateo ¿qué monte es ese? pues no lo sabemos, la tradición nos ha venido a decir que se trata del Monte Tabor, monte situado en Galilea, pero sucede que este monte está bastante lejos de Cesarea de Filipo, unos 70 km., claro dicen algunos -‘no, entonces sería en algún monte cercano a Cesarea’- no tiene por qué, porque como dice aquí el texto “*seis días más tarde*” del suceso de Cesarea, perfectamente les dio tiempo a llegar 70 km en aquella época -vayas sí que andaban-como vemos, tanto en el Evangelio que están siempre subiendo y bajando de Jerusalén a Galilea, y así pues 70 km en seis días u ocho días como dicen otros Evangelios son fáciles. Por lo tanto puede ser ese Monte Tabor, y tal vez algunos hayan tenido la gracia de haber ido a Tierra Santa y estar en el Monte Tabor donde hay una Basílica de la Transfiguración. El Monte Tabor no es un monte excesivamente alto, es un monte alto porque está en una altura, pero no es un monte excesivamente alto. Llama la atención en una llanura, pues es una pequeña colina de unos 400 m de alto. Es un monte llamativo y fácil de reconocer.

Entonces vemos que Jesús se dirige ahí y lleva a Pedro a Santiago y a Juan. Luego San Ignacio nos invitará a meditar un poco sobre esto. Nosotros ya podemos imaginarnos a Jesús que llama a los apóstoles a Pedro a Santiago y a Juan. Los llama muy temprano porque no sabemos la hora del día, pero sabemos que Jesús habitualmente solía ir a orar muy temprano por la mañana, incluso cuando todavía estaba oscuro, entonces los levanta porque estaban durmiendo y se los lleva y ellos le siguen.

En el Evangelio de San Lucas se nos indicará además que tenían sueño, entonces más sentido tiene que fuera muy temprano por la mañana. Nos imaginamos a Jesús con sus apóstoles subiendo al monte en medio de la penumbra, y sucede esto tan llamativo que narra el Evangelio “*Cristo se transfigura*”. La palabra griega que aparece en el Evangelio es metamorfosis. Cristo cambia de forma, cambia de apariencia externa y la cambia manifestando esa luz, esa blancura. Y esa luz de Cristo en la penumbra del amanecer destaca y se hace llamativa. Imaginamos a Cristo, cómo su rostro cambia, porque esto es un acontecimiento ciertamente milagroso, ciertamente llamativo y lo podemos imaginar porque para eso está narrado en el Evangelio y aplicamos los sentidos para contemplar, para darnos cuenta con nuestra visión de la claridad del rostro de Cristo, de la blancura de sus vestidos.

Dirá alguno de los evangelistas que ningún batanero del mundo podría dejar así. También podemos imaginarnos cómo la nube luminosa que va a venir después y los va a envolver se presenta en este monte donde hay árboles, pero todavía está oscuro, y la luz

de Cristo brilla y la nube lo envuelve todo y se da ese aspecto de intimidad, de cercanía de Dios. San Lucas dice que los discípulos -como decía yo- tenían sueño, podemos en esa imaginación que hacemos -todo esto lo voy diciendo un poco para que luego ustedes en la en la meditación puedan hacerlo- podemos imaginar la decisión de Jesús al caminar hacia el monte, al encuentro con su Padre porque Jesús iba siempre a orar y los discípulos que lo siguen también con sueño, pero animados, como le seguían también en el camino de Jerusalén. Podemos además aplicar el resto de los sentidos -a esto nos invita también San Ignacio- por ejemplo, el aroma del monte por la mañana, el rocío todavía está fresco sobre las matas y las hierbas y se nota ese olor húmedo y ese olor aromático del monte. Podemos también imaginarnos el silencio, (aplicar el sentido del oído) ese silencio que reina en ese descampado y el latido del corazón de los discípulos que están emocionados que saben que van a ser llevados a esa intimidad de la oración de Cristo. Bueno pues todo esto lo hacemos en la composición de lugar antes de empezar nuestra meditación.

2º preámbulo: Petición

[48] *2º preámbulo. El segundo es demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo.*

Esto dice San Ignacio, y que esa petición a Dios se adapte a lo que estamos meditando. Aquí estamos meditando en los misterios de la vida de Cristo, este misterio de la **Transfiguración** ¿Y qué supone la transfiguración? bueno pues la Transfiguración está mostrando lo que será el final del camino después de la Pasión. La contemplamos también siempre los domingos de cuaresma como ese punto de claridad, de luz que nos ayuda a entender mejor el misterio de la cruz y a mantener la esperanza, mantener el ánimo. A los discípulos se les muestra esto para que luego, cuando Cristo haya resucitado, vean que ya se lo había avisado.

Bueno entonces ¿qué quiero y deseo? quiero y deseo que esta luz de Cristo me anime a acompañarle en el camino de la cruz, me anime a unirme a Él en el sacrificio Redentor.

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

1. PRIMER PUNTO

[284] *DE LA TRANSFIGURACION DE CHRISTO ESCRIBE SANT MATHEO, CAPITULO 17, 1-9.*

1º Primero: tomando en compañía Christo nuestro Señor a sus amados discípulos Pedro, Jacobo y Joán, transfiguróse, y su cara resplandecía como el sol, y sus vestiduras como la nieve.

Entonces ¿qué es una cosa que nos puede llamar la atención? Bueno pues la elección de estos tres discípulos: Pedro, Santiago y Juan. Pedro, el que luego será el príncipe de los Apóstoles, ese que va a ser hecho la Roca, el fundamento para edificar la Iglesia, y Santiago y Juan los hijos del Zebedeo, estos boanerges que alguna vez Jesús tiene que frenarlos tanto por su ansia de querer hacer que caiga fuego del cielo sobre aquellos que no reciben a Jesús como también por su ansia de tener los primeros puestos -el sentarse a

la izquierda y la derecha-. Son discípulos, no los precisamente más modélicos. Jesús le acaba de llamar Satanás a Pedro, Jesús ha hecho un gesto de lo más despectivo posible. Piensen en Cesarea de Filipo, Jesús está anunciando la Pasión, está manifestando a los discípulos su intimidad, su angustia humana de todo lo que va a sufrir, y también la esperanza de la Resurrección. Y la reacción de Pedro es llevárselo aparte y decirle: “*Señor eso no te sucederá jamás*”. Pedro muy delicado no quiere corregir al Señor en público, pero Jesús públicamente le da la espalda y le dice “*¡apártate de mí!*” -Vade Retro- “*¡ponte detrás de mí!*” (porque le está dando la espalda) y le llama Satanás, el tentador Satanás el príncipe de la mentira, el enemigo. Es quizá el desprecio más fuerte que aparece en la escritura. Ya sabemos que Jesús cuando hace estas cosas las hace siempre movido por la Caridad, pero no podemos ahorrarnos la gravedad que supone esto.

Entonces a Pedro, Santiago y Juan, no los discípulos más modélicos precisamente en esto, aunque ya sabemos que Juan será el discípulo amado, la importancia que tiene Santiago, y Pedro será el que sea la cabeza del colegio de los Apóstoles. Sí, pero sepamos de dónde vienen, ellos son los elegidos, pero también recordemos: Pedro Santiago y Juan son los mismos que luego Jesús va a elegir para que vean la oración en Getsemaní, porque aquí hay un paralelismo claramente. Aquí hay una algo que nos está diciendo –‘mira una cosa y la otra tienen relación’- porque esto lo van a narrar también los mismos Evangelios sinópticos. El Evangelio de San Juan ni narra la Transfiguración ni narra la oración en el huerto, pero los Evangelios sinópticos narran ambas cosas y dicen que a los discípulos que se lleva Jesús para que contemplen ese diálogo con el Padre, ese sufrimiento que incluso hace que su sudor se convierta en gotas de sangre, van a ser precisamente estos tres: Pedro, Santiago y Juan. Aquellos que lo han visto transfigurado lo van a ver también sufriendo en el huerto y entregándose, aceptando la voluntad del padre en obediencia, esto es importante.

Entonces vemos qué es lo que pretende Jesús: a aquellos que les va a pedir que lo sigan en la pasión les está mostrando anticipadamente la gloria que espera a Jesucristo: la gloria de la Resurrección. También podemos ver en esto cual va ser la respuesta, de estos tres discípulos el único que va a permanecer fiel va ser Juan que quedará al pie de la Cruz, los otros dos, Pedro y Santiago lo van a abandonar lo van a dejar solo a Jesús, y sin embargo Jesús los ha elegido como ha elegido a los 12 apóstoles y también ellos le abandonarán y todavía incluso uno de ellos le traicionará, pero precisamente a estos a los que ha llamado a esta intimidad pues no todos lo van a saber responder. Jesús no ahorra la Cruz, evidentemente el misterio de la cruz está presente y el misterio de la cruz es insalvable. Tenemos que pasar por la cruz para llegar a la gloria, pero Jesucristo tiene esa misericordia de consolar con las señales del premio futuro. Es un consuelo, y luego lo vamos a ver cuando Pedro sienta ese consuelo “*qué bien se está aquí*”, porque el Señor evidentemente quiere darnos ambas cosas: nos da la cruz y el sufrimiento para que nos unamos a Él, pero también nos deja participar de su gloria. Pensemos que el Señor incluso sufriendo humanamente en la cruz lo increíble por cargar con nuestros pecados, no solamente por el castigo físico sino incluso por el castigo psicológico que le supone estar abrazando todo nuestro pecado para redimirlo, nunca deja de estar conectado con el

Padre, nunca deja de estar en la presencia del Padre, y esa presencia lo llena de gozo, y Jesucristo en la cruz a la vez que sufre goza, a la vez que está entregando la vida y está experimentando toda la pasión toda la crueldad que viene de nuestros pecados y de nuestro mal, a la vez está también manifestando y experimentando en su humanidad el amor profundo del Padre. Ambas cosas están unidas, y en la Transfiguración se está anticipando a los discípulos esta realidad.

En este primer punto meditamos eso y nos dedicamos un tiempo a considerar toda esta riqueza. Y como también a nosotros, como a todos los cristianos que reciben esta revelación, se nos invita a participar en este misterio. Nosotros que tampoco somos los más modélicos, nosotros que hemos traicionado a Cristo como Pedro y lo volveremos a traicionar seguramente, sin embargo nos llama también a compartir su intimidad, a que veamos esta manifestación de su gloria incluso también a la vez que estemos experimentando el misterio de la cruz.

2. SEGUNDO PUNTO

2º Hablaba con Moisés y Helía.

¿De qué hablan Moisés y Elías? en el Evangelio de San Mateo no nos lo dice, pero en los otros Evangelios paralelos nos dice que hablaban de la pasión, de la pasión que habría de tener en Jerusalén. Moisés y Elías representan la ley y los profetas, y la ley y los profetas anuncian la muerte y la resurrección de Cristo.

San Jerónimo comentando este pasaje dice que el Señor ofrece a los discípulos un signo de la misma manera que aparece en el libro de Isaías, que el profeta ofrecía al rey Acab. Le decía Isaías al rey Acab *«pide una señal en lo alto o en lo bajo, en el cielo o en el infierno»* -la traducción es un poco distinta pero en latín suena así- en el en el cielo o en el infierno y dice San Jerónimo 'Jesús trae a Elías del Cielo', recordamos que Elías -nos narra el libro de los reyes- cómo habría ascendido al cielo en un carro de fuego y a Moisés que está en lo que se llama el infierno de los justos, en el Seol, allí donde están los muertos en espera precisamente a que Jesucristo una vez haya muerto por nosotros, entre para anunciar la victoria sobre el pecado. Y entonces ambos dos los trae como esta señal de lo alto y de lo bajo del cielo y del infierno, esto significa que las escrituras están dando testimonio de Cristo, el Antiguo Testamento está unido al Nuevo y ambos se iluminan mutuamente, ya sabemos que esta es la relación que hay entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. El Antiguo Testamento prefigura la realidad del Evangelio y el Evangelio da sentido a las profecías. El Antiguo Testamento es la sombra, el Evangelio es la luz que sentido a esa prefiguración. No se pueden por lo tanto separar el Antiguo Testamento y el Nuevo, porque y también dice San Jerónimo «si se ignoran a las escrituras se ignora a Cristo». Este es el diálogo que contemplan los apóstoles, no sabemos si entendiendo algo o no. Jesús está manifestando con Moisés y con Elías que esto estaba anunciado, que estaba anunciado lo que tenía que pasar en Jerusalén, que estaba anunciada su muerte y estaba anunciada su resurrección. Lo que había anunciado antes como hemos dicho, por eso es importante el contexto para que se den cuenta, esto no es una improvisación, esto no es

algo que vaya a salir mal, no como muchas veces ahora algunos tratan de presentar -evidentemente de manera muy burda, yo creo que bastante poco creíble- la vida de Cristo como si la muerte de Cristo fuera una cosa improvisada, como una cosa “que hubiera salido mal”. Como que Jesucristo hubiera sido un reformador, un gran hombre religioso, que hubiera dejado un mensaje y resulta que se opusieron a él y lo mataron. Ya sabemos que esto no es así. El Evangelio se empeña en manifestar precisamente ahí están esos anuncios de la pasión que Jesucristo sabe perfectamente cuál es su hora. “Padre, para esto he venido” dirá en el Evangelio de San Juan en un pasaje que tiene que ver con ese mismo pasaje de Getsemaní que decíamos antes, «*si para esto he venido padre glorifica tu nombre*». Jesucristo sabe claramente lo que [había que hacer] y los apóstoles lo deberían saber, porque los apóstoles conocen el Antiguo Testamento y saben que Moisés y Elías han anunciado. Moisés y Elías, en resumen de la ley los profetas, han anunciado el misterio de Cristo, y en concreto ahí tenemos esos cánticos del siervo del Señor que aparece en el libro de Isaías que vamos a leer en la semana santa, y que van anticipando este misterio de Cristo muerto por nosotros en la cruz.

Entonces caemos en la cuenta, meditando este diálogo de Jesús con Moisés y Elías, la importancia que tiene meditar y conocer las profecías, los salmos como hace la Iglesia. La Iglesia recomienda por ejemplo el rezo de la liturgia de las horas, ese rezo en el que hacemos la oración de los salmos que es la oración del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, pero la leemos ahora en nombre de Cristo, la leemos en la plenitud de Cristo y vemos como los salmos están anticipando el misterio de Cristo, y por eso la manera que tiene la Iglesia de leer los salmos es la manera de leerlos desde la experiencia del hijo de Dios, desde la experiencia del Señor que vemos por ejemplo en su pasión, como está continuamente rezando salmos: «*Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado*» sabemos que no son unas palabras de abandono de desesperación de Jesús. ¡No!: es un salmo. «*A pesar de mis gritos mi oración no te alcanza*» y es un salmo además muy bonito que es el salmo que se reza en el momento precisamente del sufrimiento de la muerte, pero que acaba con la esperanza, acaba con el sentimiento del que está confiado en Dios que lo salvará.

Entonces es cuando uno entiende que Jesús estaba rezando «*Dios mío Dios mío por qué me has abandonado*», hace ver que continuamente Jesús está rezando «*a tus manos Señor encomiendo Mi espíritu*». Este es otro salmo, por ejemplo. La Iglesia hace esta meditación continua del Antiguo Testamento que nos ayuda a entender el Nuevo y vemos también como en la misma misa, no solamente en la liturgia de la palabra para llegar al Evangelio normalmente primero leemos el Antiguo Testamento a veces una epístola de San Pablo, sino que en la celebración de la misa continuamente están presentes los salmos.

En la misa la liturgia antigua, que tal vez algunos conozcan, estaba todavía mucho más presente los salmos. Ahora se han reducido, y algunos incluso no aparecen, pero siempre la Iglesia ha acompañado su oración con este recuerdo de las profecías de los salmos, de la lectura del Antiguo Testamento.

3. TERCER PUNTO

3º: diciendo Sant Pedro que hiciesen tres tabernáculos, sonó una voz del cielo que decía: (Este es mi Hijo amado, oídle); la qual voz, como sus discípulos la oyesen, de temor cayeron sobre las caras, y Christo nuestro Señor tocóles y díxoles: (Levantaos y no tengáis temor; a ninguno digáis esta visión, hasta que el Hijo del hombre resucite).

San Lucas en el pasaje paralelo de la Transfiguración dice, cuando San Pedro dijo esto de las tres tiendas que San Pedro no sabía lo que decía. No sabía lo que decía porque todavía no había entendido la novedad del Evangelio, los tres tabernáculos, -esto también nos dice San Jerónimo-, deberían ser no para Moisés y Elías sino para las tres personas divinas e incluso más, un solo tabernáculo, porque solo hay un Dios y en el Evangelio se contienen la ley y los profetas, no están separados en tres, sino que todo forma parte de la nueva casa de Dios, del nuevo templo. La ley y los profetas unidos con el Evangelio. San Pedro por lo tanto efectivamente no sabía lo que decía, todavía vivía en lo antiguo, en el Antiguo Testamento. Esto precisamente es lo que va a hacer que San Pedro, cuando llegue el momento de dar la cara por Cristo, de confesarlo, pues no va a dar la talla va a fracasar como tantas veces nos pasa a nosotros, porque todavía no estaba preparado. Mira que Jesús lo había llevado para esto, para que se preparara, pero todavía no había recibido el Espíritu Santo.

Y también por eso suena la voz del Padre que aclara quién es Jesucristo. Ya sabemos que esta voz del Padre aparece alguna otra vez en el Evangelio, aparece en el Bautismo del Señor *«este es mi hijo amado escuchadlo»*. También en el Evangelio de San Juan en ese pasaje de Jesús predicando en Jerusalén después de la entrada triunfal aparecerá la voz, pero en este caso diciendo: *«lo he glorificado y volveré a glorificarlo»*. Cómo en momentos puntuales aparece la voz del Padre, en este caso *«Este es mi hijo»*. Éste es mi hijo, que también nos recuerda al Antiguo Testamento *«Tú eres mi hijo Yo te he engendrado hoy»*. Esto aparece en los salmos y se aplica a la Iglesia siempre lo ha entendido, y también la Carta a los Hebreos y el Nuevo Testamento lo aplica Cristo *«tú eres mi hijo, yo te engendrado hoy»*, *«Tú eres mi hijo el amado»*, el predilecto, y da este mandato *«escuchadlo»* a los discípulos.

Este testimonio es el mismo que había hecho San Pedro, es el mismo que está ahí contemplando esta visión había dicho *«tú eres El Mesías el hijo de Dios vivo»*, y ahora escucha la voz del Padre que lo manifiesta *«Tú eres mi Hijo» «Este es mi Hijo, el amado»*. Claro aquí se revela el misterio de la Pasión de Cristo que se anticipa en la Transfiguración, el que muere en la cruz es el Hijo manifestando el amor del Padre. Lo que en la pasión se oculta bajo el velo de la carne y la sangre del Hijo del hombre, aquí se manifiesta en la luz radiante y en la voz del Padre. Es decir, que la Transfiguración no es solamente para ofrecer un consuelo en la pasión, no es solamente para que los apóstoles, cuando vean el sufrimiento de Cristo no pierdan la fe, no desfallezcan, sino precisamente para que sean capaces de penetrar en lo profundo del Misterio de la Cruz, en lo profundo del Misterio de la Pasión y hagan este paso de lo visible a lo invisible. En la cruz se ve a un hombre sufriendo, pero lo que se debe contemplar invisiblemente es el hijo de Dios que en su

humanidad está amando al Padre hasta el extremo a la vez que ama a los hombres. Devuelve el amor que el Padre le ha dado al engendrarle, y lo hace unificando a la humanidad. Éste es el misterio que vemos, y es el misterio por el que somos redimidos. La obediencia de Cristo que repara la desobediencia de Adán.

Entonces podemos contemplar nosotros a través de este misterio de la Transfiguración esta realidad, de tal manera que cuando tengamos que contemplar la cruz o incluso que tengamos que vivir la cruz en el sufrimiento, seamos capaces también de ir a lo profundo, de ver en la cruz de Cristo siempre un tesoro del amor de Cristo al Padre y del Padre al Hijo y del Padre y el Hijo en el Espíritu Santo a todos los hombres, y esto lo podemos hacer a través de la contemplación de este misterio. Es lo que Jesús quiere hacer en el fondo con sus discípulos. Si podemos amar la cruz es precisamente porque a través de la fe nosotros también somos llevados al monte de la Transfiguración y también se nos manifiesta el misterio escondido del amor del Hijo de Dios, que elevado sobre la tierra atrae a todos hacia Sí. Este es el misterio, Jesucristo que en la cruz se convierte el centro del universo, el que da sentido a todo, porque lo mismo que en así veían los antiguos, el universo se movía buscando la perfección por el amor, el amor que mueve el sol y las otras estrellas, -con el que acaba esa frase La Divina Comedia, Dante-, ahora la cruz ocupa ese lugar. Jesucristo elevado sobre la tierra atrae a todos hacia sí. Jesucristo, que es el hijo de Dios, que está manifestando que es el hijo amado, el hijo que ha sido capaz de amar al Padre hasta el extremo, que ha sido capaz de entregarse por nosotros, por nuestros pecados en esa respuesta de amor que en la que recapitula, recoge a toda la humanidad. Bueno pues, en la transfiguración vemos la parte luminosa de ese misterio, la parte invisible de ese misterio que se nos manifiesta como una gracia para que la podamos, meditar para que luego en la oscuridad de la cruz sepamos verla también.

Entonces ¿qué pasa con los discípulos?. Los discípulos tienen miedo, tienen miedo a la voz del Padre. Es curioso porque Pedro acaba de confesar lo mismo, y eso no se lo ha revelado ni la carne ni la sangre, pero ahora cuando escucha la voz del Padre tienen miedo y caen sobre los rostros, con esa señal que también en el Antiguo Testamento es muy típica ante la presencia de Dios el sentir temor.

¿Y qué hace Jesús? les dice: *«no tengáis miedo»*. Ese saludo que tantas veces escucharán de sus labios cuando Jesús haya vencido a la muerte en la resurrección. No tengáis miedo, porque precisamente al contemplar este misterio estáis entrando en el misterio del Hijo, estáis entrando en el misterio del amor que se manifiesta en la cruz. Y esto es en el fondo lo que luego, cuando Jesucristo resucite, podrán contemplar, podrán darse cuenta de que todo esto que han experimentado, es el misterio del amor de Dios manifestado al mundo. *«tanto amó Dios al mundo que entregó a su propio Hijo»* pues ahí no tener miedo, porque incluso aunque uno se conmoviera temblaría pensando en la grandeza del amor de Dios, de cómo ha hecho esta enormidad por nosotros, esta barbaridad podríamos decir de entregar a su Hijo, de perdonar al pecador y sacrificar al Hijo.

Fíjese cuando San Pablo dirá esto de *«al que no conoció pecado Dios lo hizo pecado por nosotros»*. Es como un acto inenarrable, un acto que nos llena de pavor, nos sobrecoge y

esto es lo que están experimentando ahí los apóstoles, pero «no tengáis miedo yo he vencido al mundo».

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

¿Cómo termina la oración? pues termina con el coloquio. Ya imagino que a estas alturas han tenido esta experiencia de hacer los coloquios que San Ignacio les da tanta importancia, porque es cuando hacemos esta oración mental en la que podemos conversar con el Señor, pero situados en este aspecto del misterio. Dice San Ignacio:

[52] «El coloquio se hace propiamente hablando, así como un amigo habla a otro, o un siervo a su Señor; cuando pidiendo alguna gracia, cuando culpándose por algún mal hecho, cuando comunicando sus cosas, y queriendo consejo en ellas. Y decir un Padre nuestro»

Bueno esto ya no lo puedo yo introducir, el coloquio es algo personal, yo les aconsejaría que no dejen de hacerlo. Cuando hayan dedicado un tiempo a meditar, lanzarse a poder presentar este diálogo con Jesús, que es un diálogo en el que efectivamente, sí un poco juega la imaginación porque ya no solamente es lo que le digo a Jesús, sino que yo me puedo imaginar lo que Jesús me contesta. No es exactamente cómo sería la oración, porque es un coloquio entre dos, pero en el que yo, cuando estoy hablando con Jesús, estoy ciertamente intentando hablar con el Señor y pretendiendo, abrirle mi corazón y ponerle delante estas cosas que dice San Ignacio, o pedir una gracia, o pidiendo perdón, o comunicar las cosas, contar lo que me pasa. Por ejemplo cuando yo estoy experimentando el misterio de la Cruz, el misterio del sufrimiento y entonces a la vez el Señor pues me manifiesta este consuelo de Transfiguración, y yo le puedo pedir el consejo de cómo... Es ese momento de intimidad tan bonito que además, por la gracia de Dios, puede incluso llegar a una contemplación mayor. Ya sabemos que hay distintos grados de oración. Y al final la oración depende del Señor uno lo que hace es abrirse a ello.

¿Qué puedo hacer en el coloquio?. Lo puedo hacer prioritariamente con Jesús obviamente, aunque también se pueden hacer coloquios con los apóstoles, son Santos también, puedo tener este diálogo con ellos, pero bueno, en el caso de Jesús puedo pedirle -como decía- que me dé luz en esta Cruz que estoy soportando, que como hizo con sus discípulos me conceda el consuelo de ver el resplandor de la victoria para fortalecer mi fe y poder ser fuerte en el combate; o cualquier otra cosa que a mí se me ocurra. Y cuando acabo hago este paternoster dice aquí o sugiere San Ignacio, pero que puede ser esto o cualquier oración de gracias.

Siempre recordamos que San Ignacio dice «al que está haciendo los Ejercicios» -ya sabemos que estos Ejercicios online se hacen a otro ritmo, lo está haciendo uno a su manera-, pero insiste San Ignacio mucho en hacer un examen de la oración que uno ha hecho; como dedicar un tiempo a decir “que he hecho bien, que he hecho mal, qué luces

se me han abierto, qué consolaciones he sentido, desolaciones”, ya saben estos movimientos del alma que San Ignacio enseña también a ir discerniendo.

También, si tienen tiempo, si pueden hacer en su rato de oración, esto siempre es bueno -a lo mejor no el mismo sitio de la oración sino cuando uno ya está fuera o está caminando o lo que sea-, pues dedicar, aunque sea unos minutos a decir: “¿cómo he vivido este rato de oración?”. Esto como un complemento que San Ignacio sugiere.

Con esto terminaríamos esta meditación sobre la Transfiguración del Señor que en este camino cuaresmal que estamos haciendo vamos hilando, vamos pasando de una a otra hasta llegar al momento de poder experimentar con el Señor este amor que está siempre al final de los Ejercicios, y que nos anima a cambiar de vida, a reformarnos, a poder entregarnos mejor y sobre todo a ser libres para orientar todas las cosas, todo nuestro tener, nuestro ser en lo que es el fundamento de nuestra existencia que es dar Gloria y alabanza al Señor.

Se lo pedimos al Señor y le pedimos también la intercesión de San Ignacio de Loyola. Y yo les doy las gracias por haber dedicado este tiempo y haber puesto este rato de su atención y también pido al Señor que les conceda tener una meditación muy fructífera de este misterio. Muchas gracias.